

XAVIER SALA I MARTÍN

# Barreras en el océano

La continua llegada de cayucos africanos a las costas europeas está generando un apasionado debate sobre las bondades de la inmigración. La polémica despierta instintos primarios que van desde la xenofobia hasta la solidaridad. Pero como en tantos otros debates de la vida, el problema de fondo es económico: los africanos viven infinitamente mejor aquí que en sus países de origen. Ergo, intentan emigrar. Lo mismo pasa con los ciudadanos de Europa del este o de América Latina (la llegada de estos últimos es mucho más numerosa aunque no tan dramática como la de los africanos).

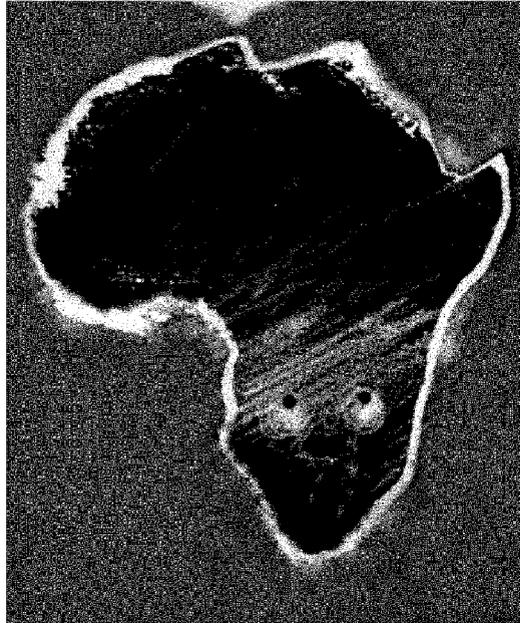
Lo primero que hay que entender es que el problema no desaparecerá hasta que las condiciones de vida en los países de origen mejoren. Del mismo modo que España pasó de ser un emisor masivo de emigrantes cuando era un país pobre a atraer millones una vez se convirtió en rico, los inmigrantes no dejarán de venir hasta que sus países de origen mejoren.

Pongo *problema* en cursiva porque no está claro que la inmigración lo sea. De hecho, algunos observadores dicen que no sólo no es un problema, sino que es una panacea. Explican, por ejemplo, que “necesitamos a los inmigrantes porque realizan los trabajos que nosotros no queremos hacer”, que “sus cotizaciones pagan nuestras pensiones” e incluso que “sin ellos no habría crecimiento económico”. Además de inmorales (¿qué es eso de decir que necesitas a los pobres para que te paguen las pensiones?) estos argumentos son falaces.

Primero, existen muchos empleos que los europeos no aceptamos porque los salarios que pagan son bajos. Y los salarios son bajos precisamente porque hay inmigrantes. Sin éstos, el salario de los barrenderos sería más alto y entonces sí que habría europeos que querrían ocupar esos puestos de trabajo.

Segundo, en un Estado de bienestar como Dios manda (o al menos como mandan los libros de texto progresistas) los pobres reciben del sistema más de lo que aportan. Si es así, los ciudadanos pobres que llegan de fuera acabarán aportando al fisco una cantidad neta negativa! Es decir, no sólo no contribuyen a solucionar los problemas de la seguridad social, sino que los empeoran.

Tercero, los estudios que estiman que sin inmigrantes nuestro crecimiento de los últimos diez años habría sido negativo tienen fiabilidad... ¡nula! Entre muchas otras razones, por-



JOAN CASAS

## EL DEBATE DEBERÍA

centrarse en estimar cuánta

gente puede absorber

un país para poder garantizar

derechos y oportunidades

que ignoran lo que hubiera pasado sin inmigración. Por ejemplo, si no hubiera gente que acepta recoger basuras a salarios bajos, las empresas se verían obligadas a comprar camiones automatizados. Es decir, sin inmigrantes se produciría cambio tecnológico, aumento de productividad y crecimiento económico.

Cuarto, los ciudadanos autóctonos observan con estupor cómo los inmigrantes congestionan los servicios públicos que ellos han financiado con sus impuestos al largo de los años. El estupor se convierte en justificado resentimiento cuando ven que los inmigrantes gozan de esos servicios sin haber cotizado nunca.

En resumen, los defensores de la inmigración tienden a exagerar sus argumentos. Ahora bien, eso no quiere decir que el fenómeno migratorio no tenga aspectos positivos: por ejem-

plo, los extranjeros traen unas habilidades distintas y un espíritu emprendedor del que a menudo carecemos los locales. También contribuyen a reducir los precios. Otro aspecto positivo es que, a falta de crecimiento económico en los países de origen, la inmigración es el mejor programa diseñado por el hombre para mitigar la pobreza en el mundo, mucho mejor que todas las ONG y todas las donaciones de todos los gobiernos del mundo juntas: mientras no mejoren las cosas allí, lo mejor que pueden hacer los africanos –para sí mismos y para sus familias a las que a menudo financian con sus remesas– es... emigrar.

El problema es que ningún país europeo puede absorber a todos los inmigrantes potenciales. Es más, sería irresponsable aceptar más personas de los que puede absorber: sin puestos de trabajo no se contribuye a la reducción de pobreza; sin respetar los derechos adquiridos de los autóctonos se fomenta el odio y se impide la integración y si no se garantiza el ascensor social, los nuevos ciudadanos acabarán odiando

al país que los acoge –miren, si no, cómo ardían los coches en París–.

En resumen, ni es verdad que los inmigrantes son la solución de nuestros problemas ni es verdad que nosotros somos la solución de todos los suyos. La inmigración comporta costes y beneficios para ellos y nosotros. El debate debería centrarse en estimar cuánta gente puede absorber un país para poder garantizar simultáneamente los derechos de los autóctonos y las oportunidades de los inmigrantes. Deberíamos pensar seriamente en cómo garantizar que los nuevos ciudadanos se integran lo suficientemente como para que, o bien ellos o bien sus hijos, puedan subir la escalera social. Y una vez decidido cuántos nuevos ciudadanos podemos acoger con solvencia y garantías, ése es el número que se debe aceptar, legalmente y de manera ordenada.

Da la impresión, sin embargo, de que nuestros dirigentes hacen un cálculo bien distinto y se preguntan: ¿a quién votarán en su día todos estos ciudadanos potenciales? Respuesta: al partido socialista. Consecuencia: el Gobierno... ¡no hace nada! Y no hace nada, no por incompetencia, sino porque no le interesa al partido. O mejor dicho, sí que hace: desvía la atención hablando, divagando, viajando, disfrazándose de bailarina africana y proponiendo, sin que se le escape la risa, utilizar satélites para poner barreras en el océano. ●